Director. VICTORIANO AGUEROS.

El precio de suscricion es *noventa y nueve centavos* al mes en la Capital, *un peso cincuenta centavos* en los Estados, *y dos pesos* en el Extranjero.—Los numeros sueltos, si son del dia, valen *medio real*, si son atrasados, *un real*.—Los avisos y remitidos se insertan á precios convencionales, y el pago se hace adelantado.—☞ No se devuelven los originales que se remitan para su publicacion, aunque ésta no se verifique.

Apartado de Correo núm 379

EL TIEMPO.

DIARIO CATOLICO.

Administrador, F. OLOPEZA

Las suscriciones correrán de los dias 1º y 15 de cada mes, y las foráneas sólo se admitirán cuando menos, por dos meses, debiéndose girar á cargo de los corresponsales y suscritores cada bimestre.—☞ *El Tiempo* no se publica los lúnes ni dias siguientes á festividades religiosas.—Toda correspondencia se dirgirá al Director.—Háganse los pedidos de suscricion á la Imprenta, Redaccion y Despacho:

Calle de las Escalerillas núm. 20.

AÑO VII. MEXICO. Sábado 4 de Enero de 1890. NUM. 1903.

Boletin Religioso.

Santos de hoy.—*Sábado 4 de Enero de 1890.*—La Octava de los Santos Inocentes Mártires, San Prisciliano y San Aquilino Mrrs.—Todos los sábados por la tarde, acabado el rezo de completas, se canta en Catedral y en la Colegiata la salve á la Santísima Vírgen.—En la parroquia de S. Pablo, el Cármen, Santa Catalina de Sena, y alguna otra iglesia, todos los sábados por la tarde hay rosario, salve y letanía Lauretana.

El Circular de la capital está en Catedral y el foráneo en la parroquia de Tacuba.

Directorio Eclesiástico.—5 Dom. (*Vocat.*) Vigilia Epiphaniæ *(sine jejun)* De ea sem. *(alb.)* Offic. ut in die Circumcis. et pp. loco com. S. Telesphori Pap. M. in 1 aud *(absque Suffr. Ss. nec. Prec. ad Prim)* et Miss. pp. *cum Gloria.* 3ª Or. *Deum qui salutis Cr.* Pf. [*sine Communic.*] *de Nativitate. (Miss. Convent. post Tertiam.)* Vp. seq tantum. (C. 6)

Ad Complet. et per tot. Oct. Hymn. conclud. ut notat.

In omnibus Dominicis per annum á primis Vesperis usque ad Completorium ipsarum dicitur antiphona finalis stando, non flexis genibus. Item in omnibus Dominicis, non pridie, benedicenda est ante Missam principalem aqua ut in Missali; cum ea populus est aspergendus, in Cathedrali et Collegiata ab aliquo Sacerdote superpelliceo et stola tantum officio conveniente induto; in aliis Ecclesiis precisé ab ipso celebrante, nisi constitutus sit in aliqua dignitate, pluviale officio etiam convenienti induto.

Epístola de hoy.—Ví [dice San Juan] al Cordero que estaba sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil personas, que llevaban su nombre y el de su padre, escrito en sus frentes. Y oí una voz del cielo, como voz de muchas aguas, y como voz de un gran trueno. Y esta voz que oí era como de músicos que tañían en sus vihuelas. Y cantaban como un nuevo cantar delante del trono y delante de los cuatro animales y de los ancianos; y nadie podia cantar este cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron comprados de la tierra. Estos son los que no se mancharon con mujeres, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero á donde quiera que vaya. Estos fueron comprados de entre los hombres para ser las primicias *consagradas* á Dios y al Cordero: y en su boca no se halló mentira: porque están sin mancha delante del trono de Dios.—*Capítulo 14 del Apocalipsis de San Juan.*

Evangelio de hoy.—A poco de haber nacido Jesucristo, se apareció á José en sueños el ángel del Señor, diciéndole: Levántate, y toma el Niño y su Madre, y huye á Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise: porque Herodes hará buscar al Niño para darle muerte. Levantóse, pues, y tomando al Niño y su Madre, de noche, se retiró á Egipto, y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que dijo el Señor por el profeta: *llamé á mi Hijo de Egipto.* Entónces Herodes, viendo que le habian burlado los Magos, concibió un gran enojo, é hizo matar á todos los niños que habia en Bethlem y en todos sus contornos, de dos años abajo, segun el tiempo que tenia averiguado de los Magos. Entónces se cumplió lo que dijo el profeta Jeremías: "una voz se oyó en Roma de mucho llanto y alarido. Rachel llora á sus hijos, sin querer consolarse porque no existen."—*Capítulo 2 de San Mateo.*

EXTRANJERO.

CASTRO Y SERRANO

En la Academia española

El 8 de Diciembre de 1889.

EL ESCRITOR

No existe biografía escrita del académico que ha tomado hoy posesion de su cargo, y el mismo interesado afirma que no la tiene. En efecto, la vida de D. José de Castro y Serrano carece de los grandes accidentes y sinuosidades que determinan vigorosamente á la naturaleza como al hombre. La existencia de Castro y Serrano ha sido un llano, un valle más bien sin cumbres, y tambien sin abismos.

Pero la biografía de un escritor la constituyen proplamente sus escritos, y de ellos y de lo que con ellos se relaciona la vida intelectual de Castro y Serrano voy á trazar, no ya un cuadro ni siquiera una impresion de color, sino un croquis á la pluma.

En Granada, su ciudad natal, siguió Castro y Serrano la carrera de medicina, ganando por oposicion todos los cursos hasta la licenciatura, el Estado, como él dice, le costeó la carrera. El nuevo académico de la española es médico, lo cual muchos ó casi todos sus lectores, seguramente ignoran. Pero como empezó sus estudios científicos muy temprano y los siguió con tanto aprovechamiento, se encontró al final de los mismos á los 18 años.

Ni entónces, ni supongo que ahora, se podía ejercer la medicina en tan juvenil edad, y había que esperar á que el adolescente Galeno cumpliese 22 años para recibir el título y empezar consultas y visitas. A esta circunstancia deben acaso las letras patrias las obras con que le ha enriquecido Castro y Serrano.

Durante los cuatro años de *espera*, dióse á leer literatura,—hasta la sazon había leído sólo fisiología, anatomía, terapéutica y demas ciencias y artes médicas.—y tanto se aficionó á lo que leía que, cuando en 1858 vino á Madrid, formando parte integrante de la famosa colonia granadina, los artículos literarios, y no las recetas, era lo que le ocupaba y preocupaba.

Conocida es la turbulenta cuanto brillante historia de aquella colonia, ó más bien "cuerda granadina," que así se llamaba, y que trenzaron los más lozanos y felices ingenios de la ciudad de la Alhambra, Pedro Antonio de Alarcon, Manuel Fernandez y Gonzalez, Leandro Perez Cossío, José Fernandez Jimenez, Manuel del Palacio, Mariano Vazquez y José de Castro y Serrano, como ya sabemos.

La primera obra colectiva que compuso aquella bizarra hueste de artistas y literatos fué mi Almanaque titulado, como la comedia de Lope, *Mañanas de Abril y Mayo*, y que obtuvo gran éxito. En él colaboró tambien Castro, segun es de presumir; pero con lo que en realidad se dió á conocer fué con su estudio *El amor maternal*, que había escrito en Granada, y del cual ni se conserva rastro ni conserva memoria alguna el autor. Poco despues, á la muerte de Zea, escribió una necrología que leyó en la célebre "Sala de armas y letras," de Cruzada Villaamil, y que he de considerar como el punto de partida de las buenas obras y obras buenas de Castro y Serrano.

Con tan sentida elocuencia está escrita la necrología mencionada, que despues de leerla, no maravilla que se lograse de la munificencia de Isabel y de la de sus Ministros que el Estado costease la edicion de las obras de Zea, destinando el importe de la venta á la viuda de aquel poeta infelicísimo.

Desde aquel punto y hora la pluma de Castro ha estado siempre puesta para encarecer ó estimular el bien, y las frases que la misma ha trazado ya, de oro para las letras, se han convertido repetidas veces en oro para las miserias y las desgracias. La necrología de Zea es la primera página del libro de la Caridad, el mejor de los de Castro y Serrano, en el cual, á más de la expresada, hállanse páginas como "Los estanqueros," "El asilo del Sagrado Corazon" y el "Salvamento de náufragos;" si los buenos entendimientos leen con deleite este libro, los buenos corazones lo leen con lágrimas.

Por aquellos tiempos tambien fué Castro periodista; colaboró durante unos cuatro años en *El Observador*, diario de noticias que fundó Escriche, que precedió á *La Correspondeacia*, y en el que publicaba artículos de sensacion D. Antonio Benavides. Castro hacía á diario un *fondo* sobre actualidades, algo á la manera de los de "Timoteo Trim" en el *Petit Journal*.

A pesar de su amistad y compañerismo con los otros granadinos de la "cuerda," Castro y Serrano llevó poco tiempo la vida de bohemio. Ya entre sus camaradas había merecido el mote de *conservador* (que entónces no tenía, como ahora, significacion política), por su tendencia á la quietud moral y al órden, y su escasa inclinacion al desaforado poema viviente de aquella tremenda juventud. Castro puso casa con su hermano Eduardo, en la calle de la Libertad, donde vive hace *veintisiete* años seguidos: durante este largo período ha mudado seis veces de casa y de piso, pero de calle nunca.

En tres habitaciones de ella le he conocido yo desde 1871, y siempre lo mismo; en un gabinete-despacho, sentado á una mesa de camilla (lo más sano para escribir), á la izquierda del balcon, á la derecha de la alcoba y enfrente de la puerta, con unos estantes llenos de papeles y libros á un lado y un atril delante, donde á medida que los escribe va colocando pliegos de marquilla, despues de llenarlos de renglones muy rectos é iguales y de letra fina y clara.

En pleno invierno, ántes de las 9 de la mañana, ya está trabajando en la camilla, desceñida la ropa y sin más abrigo ni calefaccion que la expresada. En verano.....no está á ninguna hora, porque Castro, á pesar de ser autor de aquella aguda paradoja, "el frío del verano y el calor del invierno," soporta del mejor talante el *calor* del invierno, pero le abruma y rinde el *frío* del verano.

Los 27 años de residencia en la calle de la Libertad, han sido para Castro y Serrano, bajo el punto de vista moral, el valle de que hablé al principio: su vida ha transcurrido sosegada é igual, aunque no monótona, porque esta igual continuidad de costumbres, no supone el rigorismo metódico de los semi maniáticos, como aquella circunspeccion y aquella escasa vocacion para la bohemia á que aludí no implican ceremonia, rigidez, ni gravedad: nada de eso; no hay hombre de trato más jovial, ni literato de estilo más ameno.

Esta es cabalmente la cualidad esencial y característica de las obras de Castro y Serrano El ha sido el primero entre nosotros que ha hecho práctico y amable lo filosófico y entretenido y regocijado lo útil; y no sólo ha sido el primero, sino que ha sido y es el único. Aquí hemos tenido en lo que va de siglo, poetas, novelistas, cuentistas, autores dramáticos y articulistas humorísticos, de un lado; filósofos, científicos, historiadores, jurisperitos, fisiólogos y economistas, de otro; ó literatos ó sabios. Lo que no habíamos tenido hasta Castro y Serrano es un escritor que, tomando de la literatura la amenidad, y de la ciencia la moral y la enseñanza, compusiera escritos que, no sólo recrean instruyendo, como v. gr., las narraciones de Julio Verne, sino que deleitan, observando, aconsejando y advirtiendo.

En *Las Cartas trascendentales*, cuya primera série empezó á insertar allá por el año 60 *La América*, de Asquerino, se determina esta actitud y esta tendencia del autor, que en sus más recientes producciones, como los artículos sobre *París el 89*, se mantiene con igual vigor. Pocas, muy pocas veces es Castro y Serrano ameno sin ser al propio tiempo filosofo; ninguna es filósofo dejando de ser ameno.

La filosofía como la ciencia de Castro Serrano, no son de sabio: son de hombre de claro entendimiento, que ve bien porque mira mucho; que huye igualmente de lo complicado y baladí; que piensa que hay que administrar á la sociedad enferma píldoras tras píldora, pero dorándolas todas, y que piensa que no existe en la mecánica problema de resolucion más admirable y más plausible que aquel por virtud del cual se ahorren esfuerzos y fatigas la mujer y el niño obreros. Lo cual significa que Castro y Serrano es una especie de pedagogo,—no hay que asustarse del vocablo—que en sus lecciones pone siempre bastante utilidad, mucho ingenio y muchísimo corazon.

La moral, como la ternura del autor de las "Historias vulgares," no se traduce jamás ni por asomo en lo que hoy se llama sensiblería, y es de notar además, como caso singular si los hubo, que en las páginas de Castro, que impulsan á las buenas acciones y arrancan lágrimas de piedad, no hay nunca tristeza. Quien las escribió conmovido, conmueve, y apénas sabe de una desventura excepcional, empuña la pluma para socorrerla, sin que haya por ello un átomo de pesimismo, de taciturnidad ni de amargura en lo escrito. Castro y Serrano solaza con el donaire, emociona con la ternura, castiga con la ironía. Hombre de fina educacion, fino trato y finas relaciones, no cae jamás en lo chocarrero ni en lo melodramático; debate sobre asuntos de cocina ó refiere historias de bandidos con gran conocimiento del asunto y con apropiado colorido, sin que deje de ser nunca un caballero el que refiere y el que debate.

Las especiales aptitudes de Castro y Serrano, que malamente he intentado explicar, resaltaron muy pronto en él; en un sentido, en "Las cartas trascendentales," discretos consejos y delicadas sátiras de tanta, de más aplicacion ahora, diez años ántes de acabar el siglo, que entónces, diez años despues de promediado.... en otro sentido, en "España en Lóndres," enciclopedia de bolsillo, sabrosa y atinada por todo extremo sobre la Exposicion de 1862. "España en Paris" (1867) fué más enciclopedia pero ménos libro, más relacion pero ménos enseñanza, asombro de estudio y laboriosidad que fatiga más que al lector por el autor. Cuantos, andando el tiempo, hemos tenido que escribir algo sobre igual asunto, de bueno ó mal grado, hemos debido tomar como modelo las vivas, instructivas y entretenidísimas descripciones de Castro y Serrano.

Nueva y aún más airosa manifestacion de su especial ingenio fueron las cartas sobre la apertura del Canal de Suez que publicó *La Epoca*, y que han dado á Castro, como si dijéramos, el título de socio de mérito de aquella Redaccion. No hay para qué referir la historia de aquellas supuestas correspondencias de Africa, que entre el Ateneo y su casa componía y escribía Castro, y que bajo todos conceptos superan á las correspondencias verdaderas que insertaron otros periódicos. Sólo diré que, reunidas despues y ordenadas en el tomo que se titula *La novela del Egipto*, han venido á ser como el retrato de Thiers pintado al óleo por Bonnat; las fotografías y estampas que del famoso hombre de Estado más han circulado y circulan en Francia no son tomadas del original, sino del cuadro del pintor.

Si en *La Capitana Cook*, la única novela propiamente tal que ha publicado Castro, supo, de un episodio sencillísimo, hacer una narracion interesante y patética como los viajes del célebre navegante inglés, en los *Cuartetos del Conservatorio*, por el contrario, de una materia abstrusa y enrevesada para casi todo el mundo, como era la música clásica *dic amera*, supo dar una explicacion clara, atractiva y fácil.

Los *Cuadros contemporáneos* (1872), misceláneas de artículos diversos, fué lo último que en volúmen publicó Castro y Serrano, y aunque *La Ilustracion Española y Americana* se honraba de vez en cuando con escritos narrativos, novelescos ó benéficos del propio autor, dijérase que había renunciado á la manifestacion fija y firme, si así cabe llamarla, del escritor, cual es el libro, supuesto que trascurrieron diez y siete años, nada ménos que diez y siete, sin que ningun libro publicara. Por fin, en el año pasado, 1888, empezó la publicacion de sus obras completas, que compondrán nueve ó diez tomos, de los que van ya tres, si no me engaño, y donde reaparece lo agotado, se junta lo desperdigado, se clasifica lo desordenado y se da á conocer lo inédito

En la esfera social, durante estos años, Castro y Serrano ha seguido haciendo lo que hacía: excursiones á su tierra, expediciones estivales y viajes por Europa; asistencia al Real; nunca ó casi nunca á otro teatro, y comidas y tertulias en casas aristocráticas y ricas, de ricos y aristócratas inteligentes é ilustrados. En las comidas es tanto más estimada su presencia, cuanto que en la mesa juzga y saborea como perito ó en la sobremesa habla como agudo, chistoso y ocurrentísimo hablador.

Hay quien escribe á la perfeccion, y es pobre ó desabrido *causeur;* Castro, no; tanto entretiene y recrea oirle como leerle: sobre todo oirle cuentos y anécdotas chistosos, de los que sabe muchos, y los dice cual pocos.

En la esfera literaria, durante el mismo lapso de tiempo, Castro ha publicado cuentos y narraciones bajo el epígrafe comun de *Historias vulgares*, artículos de viajes, de costumbres, de actualidades y además, artículos benéficos, que ya merecen llamarse así, porque gracias á ellos han nacido sus criciones, ó crecido recursos, ó llovido limosnas sobre asociaciones, ó individuos que de algo de esto habían menester. Escribir bien es gran fortuna para los inteligentes, pero escribir para el bien lo es más todavía para los buenos. Castro y Serrano, por ello ha logrado muchos plácemes, y lo que es mejor, muchas bendiciones.

No tiene Castro nombre, ni práctica, ni oficio, ni cartel de orador, ni tenía yo barranto siquiera de que lo fuese, cuando en un banquete memorable, el que dimos casi todos los escritores de Madrid al hispanófilo Fastenrath, despues de varios brindis con honores, pretensiones y aún pesadeces de discursos, se levantó á brindar Castro y Serrano. Como yo soy de los que más admiran el don de la palabra por carecer en absoluto de él, quedéme estupefacto al oir la facilidad, el aplomo, y sobre todo, la sencillez, la novedad y el buen gusto con que Castro habló. Su brindis produjo un coro ruidosísimo de palmadas, y produjo más, lo que suelen producir sus escritos: arrasó en lágrimas de ternura los ojos de Fastenrath.

Una palabra sobre el estilo y fraseología de Castro y Serrano. Lo que más resalta en ellos, es la ausencia total del lirismo; suele elevarse siempre sobre lo vulgar, pero no se va nunca por las nubes. Ha tenido el talento, y sobre todo, el buen sentido de haber atravesado por dos épocas, ó escuelas, ó modas literarias españolas, el lirismo y el naturalismo, sin dejarse contaminar de ellas. Ni los estragos que causó ayer Castelar ni los que Zola causa hoy, han llegado á Castro y Serrano nunca. No es purista, no es estilista en el sentido refinado de la expresion, pero es siempre claro, sobrio, sencillo y abundante. Así es el agua, que no lisonjea ni embriaga como el vino, pero refresca y fertiliza.

Tres toques para terminar: no ha escrito versos, no ha escrito para el teatro, no ha escrito de política....

Así se ha conservado tan sano de espíritu y de cuerpo.

—

LA RECEPCION.

Bien daba á entender el interés que despertaba la ceremonia, la abundancia y calidad del público, donde por igual se veían hombres de letras y hombres de mundo, y en el que abundaban las damas de la mejor sociedad.

No pudiendo éstas hallar todas cabida en el salon de actos, siempre mezquino para solemnidades como la de ayer, rebosaron, y al rebosar subieron al estrado, donde rejuvenecieron y hermosearon los graves sillones académicos, y se extendieron hasta la habitacion inmediata al estrado donde, á media luz, se agolpaba buen número de personas.

A poco de sonar las dos, entraron á ocupar sus puestos los individuos de la Academia Española y algunos de las demás Academias. Presidía, siempre erguido con su uniforme, el veterano Conde de Cheste, quien tenía á su derecha á D. Antonio Cánovas del Castillo y al Conde de Casal Ribeiro, y á su izquierda al Duque de Rivas. En los asientos de la mesa presidencial estaban tambien D. Aureliano Fernandez Guerra, D. Manuel Tamayo y D. Manuel Cañete, aquel como secretario y éste como censor.

Luego, en el estrado y á la mezcla, como se ha dicho, de elegantes señoras, hallábanse Campoamor, Menendez Pelayo, Valera, Pidal, Silvela M., Madrazo P., Núñez de Arce, el conde de Murphy, Riaño, Catalina, Vilanova, Barbieri y otros ilustres varones que por su ingenio y saber se han ganado el título académico. Con ellos había tambien conocidos escritores, que no escaseaban, ciertamente, entre el concurso de la sala.

"Entre bastidores" estaban Echegaray, R. de la Vega, Esperanza y Sola y alguno más.

Abierta la sesion por el Presidente, entró el nuevo académico acompañado por los Sres. Tamayo y Fernandez Guerra y dió principio á la lectura de su discurso de recepcion.

El distinguido y numeroso concurso que le oía, rubrayaba muchos de sus párrafos con risas de franco regocijo, aplauso del chiste y la agudeza, y con murmullos y aplausos de aprobacion. Y tanto como estas manifestaciones ruidosas, podían satisfacer al Sr. Castro y Serrano los comentarios que en voz baja ponían á su discurso los oyentes de ambos sexos. La voz general y la síntesis de la opinion eran que Castro y Serrano había predicado con el ejemplo y que la mejor prueba de la eficacia de lo ameno en literatura, era su amenísimo discurso.

No ménos plácemenes ha obtenido, y con justicia, el discurso de contestacion del Duque de Rivas, que con voz fuerte y entonada ha leído y del que hemos dado idea tambien, aunque muy sucinta.

La ceremonia, en suma, ha resultado, como era de presumir, de gran importancia literaria y por extremo agradable además.

Ya hemos citado á algunos de los escritores académicos y no académicos presentes al acto; entre las damas recordamos á la Baronesa del Castillo de Chirel con su prima la Srita. de Finat, á la Condesa de Muguiro con sus hijas, á la Sra. de Regio de Oliveira (con su esposo el Ministro del Brasil,) á la Sra. de Echegaray con su hija, á la Marquesa de Roncali, á las Condesas de Morphy y de Madron, á la Sra. de Rodriguez Arias (con su esposo el Ministro de Marina), á las Sras. y Sritas. de Madrazo, Vargas, Barranco, etc., etc.

En suma: una recepcion académica con visos de brillante recepcion mundana, y un "estreno" de académico con apariencias de estreno de autor popularísimo, es decir, lo que había de ser el ingreso público en la Academia de D. José de Castro y Serrano.

—

LOS DISCURSOS.

Pocas veces se ha leído en la Asamblea ilustre de la calle de Valverde escrito más lleno de novedad, de agrado y de ingenio que el del Académico reciente. A semejanza de aquel que demostraba el movimiento andando, el nuevo académico ha demostrado que *la amenidad y galanura en los escritos es elemento de belleza y de arte;* haciendo su discurso de recepcion *galano y ameno* desde el principio hasta el fin. Pero como esto no basta y y como Castro y Serrano, segun queda expresado más arriba, procura siempre ser, á par de ameno, útil en el discurso se encuentra enseñanza abundante y consejos de sumo interés. Encuéntrase además, lo que suele escasear en este órden de composiciones literarias: gran caudal de ideas propias.

Pero más que cuantas consideraciones puedan aquí exponerse, dirá al lector algun trozo del discurso. Y aquí el que encaja como de molde, y no por via de fórmula de excusa, que "deploramos profundamente que la falta de espacio no nos permita trasladarlo íntegro."

Planteado el tema, el Sr. Castro pasa á examinar la naturaleza del *chiste*, y lo hace en estos términos:

"¡Qué cosa tan pequeña y tan grande! El chiste, que parece un desperdicio del ingenio ó una burla de la verdad, ha predominado en el mundo con fuerza tan misteriosa como incontrastable. Cuando se han perdido las bibliotecas; cuando se han borrado las civilizaciones; cuando de los grandes pueblos, asombro de la historia, apénas queda un pedrusco, una inscripcion ó una medalla, el chiste flota en no sabemos qué corrientes del espíritu humano, para propagarse de edad en edad, y ya en forma de apólogos, que son las gracias de la filosofía; ya en forma de aforismos, que son las gracias de la ciencia; ya en forma de epigramas, que son las gracias de la literatura; ya en forma de refranes, que son las gracias de la multitud, por el chiste se nos reaparecen y cobran vida aquellas generaciones que se perdieron."

Tras de estas manifestaciones de la importancia del *chiste*, viene su definicion y la comprobacion luego de la misma, en la cual comprobacion abundan, como verá el lector, la lógica y el ingenio:

"Si el definir un vocablo no fuese la operacion más difícil del entendimiento, yo diría que el chiste es todo acto, expresion ó figura que, conteniendo una absoluta conveniencia de fondo, aparece con absoluta disconveniencia de forma."

Para probar esto acude Castro y Serrano al ejemplo de lo que ocurre cuando uno cae en la calle, que todos ríen.

Esto no prueba que los que ríen se gocen en el daño ajeno:

"¿Había de ser tan mala la humanidad? Si lo fuera, se reiría igualmente de la caída del niño cuando corre por el pavimento, ó de la caída del albañil cuando anda por el andamio, ó de la caída del acróbata cuando brinca por el alambre en la altura, y sin embargo, no es así. El caer del niño inspira susto, el del albañil terror, el del acróbata espanto. ¿Por qué? Porque existe conformidad absoluta entre el fondo y la forma de estos sucesos; porque de la endeblez de las piernas del niño y del angustioso espacio en que se mueve el albañil, y de la sutilidad del alambre en que danza el acróbata, no pueden esperarse más que caídas. La rigurosa correlacion de los hechos excusa todo chiste en estos casos, miéntras que en el anterior la incongruencia del fondo con la forma atrae de un modo irresistible al regocijo público. Oíd la disculpa del que refiere el lance: "Al verle en el suelo, (dice) me dió mucha lástima; pero cuando se cayó no pude contener la risa."—¿Quereis, á pesar de todo, que la situacion varíe? Pues que el que resbale pida auxilio, y nadie se reirá, al paso que, si lo rehusa, su caída hará coro con las carcajadas de los que la presencien. ¿Estais viendo el nacimiento del chiste?"

Despues de aducir otros ejemplos y de extenderse en oportunas reflexiones sobre el caso, pregunta el nuevo académico:

"Y ¿qué bienes nos proporciona ese hallazgo? dirán algunos tal vez. ¿Qué ventajas prácticas van á obtenerse con el descubrimiento de esa ley, caso de que en lo referido haya ley y haya descubrimiento? Primeramente, puede contestarse que nunca es inútil averiguar la razon de las cosas, y ménos cuando ellas influyen en ramos peculiares de la inteligencia; mas despues habría que dirigir las mismas preguntas á todos los estudios estéticos, los cuales se encaminan al análisis *del por qué* en cuanto se refiere al espíritu humano. Cierto es que por saber el orígen del chiste no van á fabricarse hombres chistosos, como por haber determinado las reglas de un discurso no se hacen oradores, ni por haber definido las calidades de una pintura se producen artistas; pero reconózcase que, analizada la esencia del trabajo intelectual, si no se obtienen elementos decisivos de creacion, se obtienen elementos seguros de comprobacion. Quien sepa lo que es chiste, podrá juzgarse á sí propio en las obras que intentó hacer festivas é inspirarse en las leyes de la gracia para emprender aquellas con que pretenda regocijar al público. Sabrá además ejercer una crítica justa sobre las obras de los otros, y dirigir saludables lecciones á los que se extravíen creyendo facultad libre de una vena caprichosa lo que es conveniencia forzada de una ley de buen gusto."

Discurre á continuacion el Sr. Castro sobre el género *humorístico*, y apelando al modelo del mismo, á la obra inmortal de Cervantes, traza este bellísimo cuadro del héroe de la misma y estas ingeniosísimas apreciaciones acerca de su fisonomía moral.

"Señores: Don Quijote es la figura más seria que ha producido la humanidad.—Ya veis que humanizo al personaje de la ingeniosa fábula como si hubiera habitado entre nosotros; porque presumo interpretar así vuestro propio pensamiento, y porque sé que vais á convenir conmigo en declarar que Cervantes, inspirado por el Creador, y siguiendo sus huellas, hizo del Ingenioso Hidalgo un hombre á su imágen y semejanza.—Pues bien: en Don Quijote, decía, todo es grave, circunspecto y solemne. Noble en su orígen, humanitario en su condicion, generoso sin reservas, valiente hasta el heroísmo, amante puro y de castos deseos, emblema de justicia y rectitud en humanas acciones, habría que ascender á la esfera de los bienaventurados para encontrarle émulo. Y sin embargo Don Quijote es una perpétua risa, un chiste corpóreo, si me es permitida la frase, desde que sale al mundo hasta que vuelve á su casa para morir.

¿En qué se funda esto? ¿Cómo explicar contra sentido semejante?—Esto se funda en que esa sublime autobiografía, desesperacion de los que escriben y encanto de los que leen, lleva una conformidad absoluta en el fondo de las ideas, y una absoluta disconformidad en la forma de practicarlas. El humanitarismo de Don Quijote que no reconoce límites, le induce á creer que debe y puede entrometerse en todas las desdichas; su valor, que no reconoce freno, le induce á pelear, lo mismo con molinos de viento, creyéndolos gigantes, que con leones desenjaulados, á quienes desprecia porque no le acometen; su amor espiritual, y de exquisita ternura, que no reconoce superior ni aun semejante en el mundo, le induce á presumir que su encantada Dulcinea, aun convertida en labradora humilde, debe oler á ámbar y ambrosía cuando puede oler á ajos y cebollas; su condicion de justiciero, en fin, que no reconoce obstáculos ni circunstancias para emplearse en el bien comun, le coloca en apretos como el de ser apedreado por los galeotes, pisoteado por una manada de toros y maltrecho en tantas y tan descomunales batallas, que pudo llegar á creer alguna vez que se le convertía en requeson la sesera.

Don Quijote, vuelvo á decir, es un puro chiste, y es un puro chiste porque lucha en perpetua verdad de esencia con perpetua mentira de accidentes; hace reir, y debe hacerlo; es un alma provocante á admiracion, y resulta provocante á risa. Pero hay un momento en ese libro admirable que suspende todas las burlas y las trueca en sentidos pésames. ¿Cuál es ese momento? Aquel en que concuerdan el fondo y la forma del carácter; aquel en que, postrado en el lecho, asistido por el Ama y por la Sobrina, rodeado del Cura y del Bachiller, puestos los ojos en Sancho Panza, que le invita á salir nuevamente al campo en busca de los recreos pastoriles, exclama con acento de profunda verdad:—"Poco á poco, señores, que en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo era loco, y ya soy cuerdo."—En trances mortales se había hallado muchas veces D. Quijote, y hacía reir; en el trance mortal de Alonso Quijano no hay medio de sustraerse, como el propio Cervantes dice, al *empujon* de las lágrimas."

Discurre más adelante el Sr. Castro y Serrano acerca de la conveniencia, de la necesidad de que en el día los autores sean amenos para hacerse apreciar de sus lectores, y cuantos ocupan algun cargo de importancia sepan escribir y hablar al público:

"Siempre que se ha promulgado en España una ley de instruccion pública, y por desdicha ha sucedido con deplorable frecuencia, he buscado la cátedra, no entre los estudios elementales, sino entre los de ampliacion y coronamiento de una carrera, en que se enseñe á escribir. Se estudia retórica y poética entre los niños, ¡cómo lo harán!, se explica elocuencia y oratoria entre los adultos: ¡donosas deben ser estas enseñanzas!; pero ni á los niños, ni á los adultos, ni á los doctores, se les da siquiera un curso de escribir con correccion y finura de estilo. Sucédele al arte de hablar bien para los que concluyen una carrera, lo que al valor entre ciertos militares: se les supone; mas al modo que esta suposicion no suele comprobarse en el ejercicio de las armas, la otra suele no descubrirse en el ejercicio de las letras. Y cuenta, señores, con que el ejercicio á que aquí aludo no es el de los literatos solamente: el arte de escribir con propiedad y galanura es indispensable en estos tiempos, lo mismo á los que redactan las leyes que á los que las aplican, lo mismo á los ingenieros que á los médicos, lo mismo á los que han de erigirse en autoridades de cualquier órden, como á los que han de ocupar un puesto en la administracion ó gobernacion del Estado.

Desde que los tribunales razonan sus sentencias; desde que los abogados imprimen sus informes; desde que los ingenieros y arquitectos redactan sus Memorias; desde que los médicos y los químicos abren públicos palenques sobre los adelantos de sus ciencias; desde que la vida gubernamental y administrativa se celebra, como si dijéramos, en medio de la calle, ninguno puede librarse de la crítica general por sus dotes de diccion, ni disculpar en este asnto su aptitud deficiente, con el mayor deber á que otros estudios ó meditaciones le llamaban: hoy es necesario saber escribir."

Encarece el nuevo académico la importancia que tiene el redactar bien ó mal los documentos públicos y los disturbios y complicaciones que el hacerlo mal producen, y concluye diciendo:

"Reclamo, pues, desde este sitio, no para hoy, sino para cuando las circunstancias lo permitan, la creacion de cátedras, siquiera en los estudios de ampliacion ó del doctorado, donde se curse el arte de escribir en la forma que la época actual exige; así como reclamo de los centros del Gobierno y de la Justicia, que, imitando la docilidad de los Cuerpos Colegisladores, acepten de peritos lingüistas la correccion y pulimento de su estilo, ni más ni ménos que aceptan de escribientes idóneos la estampacion, en letra clara y gallarda, de los decretos y leyes que con torpe carácter de letra salen de su mano."

Al tratar de la naturalidad del estilo, la cuestion del *naturalismo* se le viene á las manos al Sr. Castro, y hé aquí con qué vigor á un tiempo mismo y donaires contunde la secta ensalzada por Zola y sus secuaces:

"La escuela naturalista actual, que, en mi sentir, no es tal escuela, sino arte de distinguirse de los otros y reclamo para adquirir lectores, será mas ó menos filosófica en sus principios; pero es detestable y malhadada en sus formas de exhibicion. No contenta con descender al fango de las ideas, desciende muchas veces al fango de las palabras, olvidándose de que, así como el uso comun y constante de los gramáticos es el uso comun y constante de los doctos, no de los simples, la naturalidad que se exige hoy no es la del vulgo grosero y mal hablado, sino la naturalidad de las personas distinguidas y nobles.

Va sucediendo con los libros naturalistas lo que con ciertas causas criminales: que hay que leerlos á puerta cerrada. Los que los escriben, en ese idioma de libertad que, sin duda, no aceptan para su trato íntimo, olvidan que hay hijas, que hay esposas, que hay madres, y que aun en nuestro propio sexo hay gran número de hombres que se resisten á la procacidad y groseria de la palabra impresa. Aceptando el erróneo principio de que todos somos unos y de que todos viven en el conocimiento del bien y del mal, hablan como hablarian en el café, como hablarian en el club, como el médico habla en el anfiteatro, como el jurisconsulto discurre cuando escalpela el crímen, como el teólogo analiza cuando ahonda en los misterios de la conciencia humana. Suelen decir los autores de estos libros que no se les lea sino por aquellos que puedan comprenderles: pero ¿en qué quedamos? Si en nombre de la libertad del libro aspirais á la generalizacion de la lectura, y en nombre de la generalizacion de la lectura adoptais el lenguaje naturalista, ¿qué distincion es esa entre los que deben ó no deben leer, ni quién es el contraste que ha de poner el sello para marcar lo fino ó para advertir lo falso?

Existe, á la verdad, algo de mania, algo de moda, y hasta quizás algo de insuficiencia literaria en semejante método de escribir.—Yo comparo la crudeza del lenguaje en literatura al chafarrinon en la pintura. Esos llamados efectistas que envuelven un asunto en masas de color y velan un contorno con escarificaciones de estilete, juzgando que van á un nuevo arte, ó, cuando ménos, que progresan en el arte actual, proceden de este modo porque no dibujan. Perfílanse sus cuadros como la naturaleza los brinda embelleciéndolos con ingeniosas combinaciones y deleitados matices, que todos los efectos imaginables saldrían á luz, como salieron en las obras de los grandes pintores á quienes desdeñan.—Una cosa análoga acontece con los desvergonzados de la literatura. A falta de gracia para concebir, de malicia para expresar, de picaresco ingenio para tejer ásperas ideas con urdimbre suave y de donosas tintas, acuden al repertorio de la plebe en busca de conceptos atrevidos y de palabras torpes, excusándose con que sorprenden al natural, como si ese natural no estuviese reprobado por la propia naturaleza. Escriben á chafarrinon y con brocha, en vez de hacerlo á punta de pincel y con pluma; prescinden de la ley del chiste, que cabalmente estriba en que los naturalismos de la esencia se velen con las ficciones de la forma y cuando creen ser los progresistas del lenguaje, no son sino los nihilistas del de coro."

Se extiende despues el Sr. Castro y Serrano en notables consideraciones sobre la claridad, la concision y la amenidad que deben existir en toda obra literaria, exponiendo ejemplos muy atinados para poner de relieve su aserto.

Aconseja con mucha discrecion que para rechazar los libros nocivos en uno ú otro concepto, de forma amena, se emplee igual procedimiento en cuanto á la forma para que resulte eficaz la empresa, y al tratar de lo que él apellida muy acertadamente la *economía del escrito*, dice entre otras cosas:

"No se necesitan volúmenes para exponer las ideas, lo que se necesita es arte para condensar y agrupar los pensamientos.

Todo lo que suprime el lector porque lo sospecha ó lo sabe, debe suprimirlo el autor para ser leído, y si en algunas materias no puede adoptarse rigurosamente este método, porque el artificio de la obra reclama un desarrollo adecuado á su índole, siempre será un buen consejo que en el curso de ella predomine el interés sobre la ornamentacion y la economía sobre el derroche.

Reduciendo, pues, á una síntessi completa lo consignado anteriormente, se deduce en sustancia, que para ejercer presion eficaz sobre los espíritus sagaces de nuestro tiempo se necesita escribir corto, escribir claro y escribir culto."

El discurso, por tantos conceptos notable, del Sr. Castro y Serrano, termina de este modo:

"Si el público se muestra poco apegado á lo grave y se inclina á lo frívolo, procedamos como la farmacopea moderna procede con los medicamentos de mal tomar ó sea, deslizando la substancia que repugna en el envoltor